

Doña Leonor de Guzmán casó con Gonzalo de Osorio.

Él llegó desde León, cruzando la Sobarriba, aquel territorio siempre recorrido de la sequía y cuyos habitantes habían aprendido a aliviar mediante pozos y árboles de mucha sombra. Algo de monte había aparecido en el trayecto de la comitiva y en el monte algo de caza esparcida aquí y allá. Habían salido aquellos hombres con chirimías y pendones desde la ciudad cercana y estaban sembrados los pocos cursos de agua de aquel recorrido con algunos molinos donde quebrar la piel al trigo para conseguir el oro del pan.

Leonor venía de Toral, acompañada de un mulo con panes y ropas y el bueno de un sacristán. Su comitiva era escasa, porque la boda había coincidido con campaña en Andalucía contra el musulmán y la familia entera, fundada por un Good-man (cuando ser hombre rico era ser hombre bueno por cuestión de popularidad), tenía con el rey cosas abundantes y buenas que tratar. Apenas conocía la joven Leonor algo de la vida de una dama a punto de casarse, y lo que más tenía era miedo y unas ganas abundantes de llorar.

Gonzalo era un joven que había destacado en la corte por su amor hacia la lectura y aunque le gustaba la caza, no le gustaba mucho cazar. Disfrutaba saliendo con su caballo a pasear y contemplando a los animales en su proceso de crecer y a las aves en su natural anidar. Era más amante de estar en Babia que de ir a aquella región a comer, beber y olvidar. A Gonzalo le atraía el arte de la escritura y el oficio de pensar, pero ahora el rey le había dado siervos que defender, tierras que proteger y una esposa que alimentar. Le había entregado a Leonor, una dama con la que tener hijos a los que ver crecer y educar.

Cuando Gonzalo llegó a sus nuevas tierras Leonor había llegado ya. La joven se había alojado en la casa de un humilde herrero, por ser la más cálida de todas las viviendas de aquel solar. Las casas de barro se habían reunido en torno a una fuente, una fuente en medio de un pinar y aunque de pocos habitantes, la gente parecía bien asentada y cómoda en aquel lugar. Los animales pastaban cerca, no eran muchos por no haber ni poder haber más.

Gonzalo se acercó a la fragua, Leonor aún dormía y cuando quiso entrar allí se lo impidieron suavemente una vieja ama y el bueno del sacristán.

- Mi señor, mi señor—dijo aquel hombre sabio poniéndose frente al joven— ha de saber mi Señor que lo bueno se hace esperar.
- ¿Ha dormido bien la dama? —preguntó Gonzalo.
- Durmió bien sin descansar.
- ¿Cómo se puede hacer eso que decís de “dormir sin descansar”?
- Mi Señor, ha de saber mi Señor que el amor de los jóvenes se alimenta de la ansiedad.
- Pero aún no me conoce.
- Por eso es más grande la ansiedad.

Gonzalo se fue de allí. Desprendía el fuego de la fragua un calor manso y amable. El herrero había comenzado a golpear con fuerza sobre las piezas del reblandecido metal. Alimentaba el fuego un niño que subía y bajaba del brazo de madera del fuelle. Leonor se despertó, dormía en una sala hecha con los ropajes de sus dos sirvientes colgando de unas cuerdas de atar. El herrero dejó de golpear el metal.

–Buenos días Señora. Mi hijo le acompañará hasta la casa de su tía. Ella le dará un vaso de leche y algo con lo que poder desayunar –lo dijo el herrero por ver en ella más a una niña que a una doncella en edad de casar.

–No os preocupéis por mí –la joven quiso sonreír.

–Fernando –el herrero se dirigía a su hijo– ve con la señora hasta casa de tu tío Julián, que le dé tu tía un vaso de leche, algo de queso, fruta y un poco de pan.

El niño que se llamaba como su padre, soltó el brazo del fuelle de un salto, se quitó el delantal de cuero y fue a lavarse la cara tiznada y las manos negras de atizar.

–Venga conmigo Señora.

El niño tenía la musculatura de un hombre pequeño, pero seguía siendo un niño. Cuando Leonor estuvo preparada y con toda la naturalidad le cogió la mano y salieron de la fragua a casa de su tío Julián. Julián era vinatero y aunque viñas no había muchas y bodegas ninguna en aquel lugar, el vino que conseguía era bueno, además de porque era el único, también por ser cosa del azar.

Leonor desayunó día tras día en casa de Ana María y de su esposo Julián. No conocía al que sería su marido, aunque Gonzalo de Osorio iba por la fragua todos los días por ver si veía a doña Leonor de Guzmán. No había casa donde vivir, porque lo que le había dado el rey a aquella pareja era unas cuantas tierras con sus buenas gentes viviendo de manera humilde en una pequeña localidad.

Se reunieron los vecinos en las cocinas a contar historias, pero también a reflexionar, porque aquella pareja no se conocía, ni tendría lugar de acomodo para hacerlo, ni sitio, ni casa donde habitar. Fueron aquellos concejos, “ajuntamentos” de vecinos, de buena y fructífera utilidad, pues acordaron aportar cada vecino un número de piedras y trabajos, tiempo y faenas a realizar.

Pasaron las estaciones y se vio crecer una estructura de muros de piedra. Trajeron de localidades cercanas carros con bueyes buenos y en los carros piedras de la piedra de Boñar. Trajeron piedras del río y barro con el que poder amasar. Algunos trajeron paja para los adobes, otros maderas con las que coser estructuras, hacer suelos y tejados, ventanas desde donde mirar. Pusieron tiempo y materias, mucho amor y ganas de trabajar. Gonzalo acudía a la fragua y Leonor por ser mujer buena se seguía haciendo esperar.

Un día vio Gonzalo terminada aquella estructura y reunió a todos a la sombra de un gran nogal.

–Quiero agradecer a todos el trabajo y esfuerzo con el que demostráis sabernos amar. No será llamada vivienda este castillo torreado sino Palacio lo tendréis que llamar, porque sería digno de estar en el Palatinum de Roma, que no había en el antiguo mundo, mejor barrio y más elevado lugar.

–Señor, nuestro Señor, queríamos teneros cerca y os hemos hecho este Palacio desde donde gobernar. Nos habréis de proteger de injusticias, de veleidades y de las cuestiones peligrosas que trae el azar y no os faltarán súbditos leales que trabajarán para vos y vuestra señora a quien nos tenéis que prometer que sabréis proteger y amar.

Tanto era el amor que había despertado en todos la ternura y poca edad de doña Leonor, que querían garantizar que aquel hombre recordara el acuerdo con sus gentes y así lo quisiera perpetuar.

–Quisiéramos nuestro Señor, que siguiera permitiendo los ajuntamientos de estas gentes sencillas frente al Palacio, en esta plaza, bajo este nogal.

–Puesto que así lo pedís, y mostráis ser gente leal, así ha sido, así es desde ahora y así será.

Quedó el Palacio habitado, las gentes trabajando, el Condado en paz.

Eran los primeros días de Septiembre y aún se oían los grillos de las praderas cercanas. A pesar del calor una brisa lejana y suave recorría las calles tímida y aromática. Algunas de las hojas de la enorme chopa se dejaban caer sobre las piedras de la plaza. Rodeaban aquel solar de piedras y polvo la panadería, las tiendas, el casino, el edificio del ayuntamiento, el palacio, el edificio de las escuelas y algunas casas.

A las horas de juego, durante el recreo en la escuela, un grupo de niñas jugaba a esconderse entre las piedras del palacio. Imaginaban que aquel edificio había sido la propiedad de algún Polifemo solitario, el alojamiento de seres extinguidos por mano de la magia. Algunas de ellas se escondían a las horas de más sol entre las sombras del torreón, en el frescor de sus salas. Sus paredes, por su anchura y por el tamaño de las piedras, parecían el arranque de una muralla y se convertían después en barro y bloques de adobe, y en medio de las paredes, aquí y allá los restos de alguna ventana. El eco encontraba acomodo entre sus paredes y el salón de ceremonias, así le llamaban, era como una llanura fresca de tierra blanda.

Raquel y María se quedaron en silencio contemplándola. Asomaba aún con fuerza la luz por entre las maderas del tejado y se escuchaba a los pájaros tejiendo con su vuelo inagotable telas imaginarias. Raquel rompió el silencio con miedo a que alguien escuchara.

- ¿Te has fijado?
- No –respondió María, levantando la cabeza e intentando encontrar lo que Raquel estaba mirando.
- ¿No te has dado cuenta al entrar?

María miró a Raquel y negó con la cabeza, como si no quisiera perturbar aquella oscuridad mágica con el sonido crujiente de las palabras.

–Antes no sonaba el aire, escucha –ambas se quedaron en silencio durante unos segundos.

Los pájaros habían detenido el vuelo y un silencio místico se había instalado en la sala. Se oía el aire penetrando por las rendijas de los tejados. Las maderas ya no eran consistentes y entrechocaban los cuarterones sobre el esqueleto sin cristales de las ventanas. Fuera, entre los árboles, agitando con fuerza las ramas, sonó el graznido de la graja. Raquel y María salieron corriendo de allí asustadas. Cuando llegaron fuera, a la claridad, el aire y ruido de la plaza, sonrieron y corrieron de nuevo hacia el edificio de la escuela. Doña Asunción comenzaba de nuevo las clases, comenzarían los fríos y anidarían los sabañones en los dedos y orejas de algunos niños, pero aquel día de otoño era todavía el mediodía de una hermosa mañana.

Habían llegado desde la capital agrimensores que fueron tomando las medidas del lugar. Se les vio haciendo cálculos y tomando notas y también haciendo anotar. En las tiendas de la pequeña localidad se oía que el Palacio ya no era lugar seguro para las familias de los Guardias y que pronto lo harían tirar.

Encargaron donde Tavo, el hijo de Eduvigis, unas cuantas herramientas para clavar, picar y cortar. Graciliano vendió puntas grandes y pequeñas y clavos para clavar. ¿Qué harían con el Palacio? ¿Cómo acabaría toda aquella estructura, toda aquella actividad? ¿Lo restaurarían, le darían nuevos aires, construirían una nueva torre como las de la catedral? Algunos se preguntaron dónde irían a jugar, dónde irían a esconderse, otros se dijeron que perderían la categoría única de localidad con castillo, palacio y casa señorial.

Llegó el día señalado, nadie supo quién lo había señalado, o qué tenía que señalar. Dijeron los guardias y el cura a todos los habitantes que se quedaran en casa, que no saliera nadie a las faenas de la época, sembrar en las Suertes, o ir a la Molinera a arar.

Se reunieron los miembros de las familias en las cocinas. Algunos encendieron velas en las casas, por creer que iba a hacer falta rezar. El que tenía libros se puso a leer y los estudiantes se pusieron a estudiar. De pronto se hizo un silencio, los pájaros dejaron de volar y en medio de la plaza crujieron las maderas, se hizo polvo el barro, cayeron algunas piedras y alguna piedra echó a volar. En la plaza cayó una joven al suelo y en más de una casa se rompió más de un cristal.

Se quedó el pueblo en silencio y algunos no quisieron irlo a mirar. Había sucedido. Nadie dijo nada, no se hablaba de ello en las cocinas y mucho menos en el bar. Pasaron los días, la nube de polvo había cubierto de una espesa niebla las calles, de una espesa capa las casas, de un polvo oloroso las frutas y había partido como un rayo en dos el nogal.

Quedaron unos muros en pie. Olía a barro quemado y salían las maderas en amasijo vertical, sinónimo de un naufragio marítimo pero sin mar. Las autoridades pidieron a las gentes que ayudaran a derribar lo que la dinamita no había podido derribar. Algunos llevaron los carros, cogieron dos o tres moles de piedra y con ellas se fueron sin mirar atrás. Las pusieron a la puerta de las casas, símbolo de haber sido poseedores de un Palacio, donde después de las tareas del campo, victoriosos cada día, las gentes de la aldea, se ponen a descansar.